

PARTE I: LOS ORÍGENES DE LA HABANA, EL CRECIMIENTO DE SU POBLACIÓN HASTA LA OCUPACIÓN INGLESA Y LOS FACTORES DE SU DESARROLLO

I.1 El paisaje natural, los pobladores originarios y el emplazamiento geográfico de San Cristóbal de La Habana

La vista de La Habana a la entrada del puerto, es una de las más alegres y pintorescas: un campo siempre verde y hermosado por las copas de las gigantescas palmas de fondo, divisándose la ciudad cubierta de arboladuras de todas dimensiones.

JACOBO DE LA PEZUELA, 1853.

El paisaje natural, ¿recursos o resistencias?

Según estudios publicados por Leo Waibel en 1943 los bosques de madera dura y pinares ocupaban las dos terceras partes de la superficie del país al momento de la colonización española, parte de los cuales, especialmente los de madera dura, estuvieron localizados en las hoy fértiles tierras de las llanuras ferralíticas o rojas que se extienden por la parte central de las provincias de Pinar del Río, Artemisa, Mayabeque, Matanzas, incluyendo la mitad meridional de La Habana. Mientras, el 27% de la superficie de la Isla estuvo conformada por sabanas y el 9% restante era vegetación propia de ciénagas y cayos (Waibel, L. 1943, 30).

Precisamente, sabanas³ en la porción septentrional de la actual provincia capitalina y bosques hacia el sur, donde hoy se asienta parte de la llanura Habana-Matanzas, que fueron paulatinamente derribados en el transcurso de los diferentes ciclos productivos del desarrollo histórico de la capital durante los cuatro primeros siglos, constituyeron parte de los elementos más importantes del paisaje natural original.

Otros accidentes naturales fueron también factores importantes para el desarrollo del poblamiento habanero, así, la densa y rica red de cuencas fluviales, con extensos bosques de galerías, como las del río que los aborígenes llamaban *Casiguaguas*, pero que los colonizadores denominaron primero *La Chorrera* y más tarde *Almendares*⁴, con cerca de 59 km de longitud y más de 400 km² de superficie, seguidas por las cuencas de los ríos Guanabo, Bacuranao, Cojímar, Jústiz o Boca Ciega, Martín Pérez, Quibú o Marianao, Jaimanitas, Luyanó (antes Uyanó) y Tarará, según orden decreciente por su longitud, en cuyos nombres predominan los vocablos aborígenes (Rodríguez Díaz, Oscar, 2018, p.73).

A ese paisaje natural antes descrito a partir de su vegetación y su red hidrográfica, se une, un factor físico-geográfico muy importante, su espléndida bahía, de bolsa por su configuración y origen, con sus ensenadas de Marimelena, Atarés y Guasabacoa, nombradas según su posición geográfica desde el

³El vocablo *sabana* de origen arahuaco no había sido conocido por los españoles antes de llegar a las tierras descubiertas por ellos, y se refiere a "todos los terrenos sin árboles, pero con mucha hierba alta y baja", así denominados por Guillermo Fernández de Oviedo, uno de los conquistadores, a su vez citado por Leo Waibel, *op.cit* 2, p.6.

⁴Se cree que dicho nombre es una derivación del nombre de Fray Alonso Enríquez de Armendáriz, uno de los obispos de Cuba entre 1610 a 1624.

norte hasta el sureste. Esta bahía constituyó uno de los recursos naturales que explicaría no solo el sitio actual⁵ de la ciudad, sino también un factor decisivo del desarrollo histórico de su poblamiento.

Estos eran los elementos más trascendentes del paisaje, pero estaban también sus primeros pobladores, los aborígenes. A la llegada del conquistador europeo a estas tierras, el tamaño y distribución geográfica de sus primeros pobladores, la población aborígen, eran muy variados y han sido difíciles de precisar, debido al escaso desarrollo y a las imprecisiones de las fuentes históricas, fundamentalmente las proporcionadas por los cronistas y los propios conquistadores.

Los primeros pobladores y su rápida desaparición

Algunas estimaciones refieren que al comenzar la conquista de Cuba por los españoles en 1510, la población indígena ascendía, según cálculo aproximado, a unos 300 mil habitantes, pero Juan Pérez de la Riva en un ensayo publicado en 2004 (Pérez de la Riva, Juan, 2004, 23) propone la cifra de 112 mil habitantes para el archipiélago cubano en 1510, o sea, en vísperas de la conquista española, basándose en los estudios arqueológicos de los científicos cubanos Ernesto Tabío y Estrella Rey⁶.

Según el citado autor, el 90% de esta población indocubana estaría compuesta por sub-táinos, con nivel de desarrollo dedicado a la agricultura de subsistencia y ceramistas, mientras que el 10% restante estuvo representado por siboneyes “aspecto Cayo Redondo” que se dedicaban a la recolección y la caza, pero no eran ceramistas. La mayor parte de estos últimos, estarían asentados en la región occidental del país para un 9%, o sea cerca de 10 mil aborígenes, viviendo cerca de las costas y manglares en pequeñas comunidades muy alejadas unas de otras. Sin embargo, no existen evidencias de asentamientos arqueológicos comprobados de civilización india precolombina en lo que era el enclave original de La Habana, pero en 1961 se encontraron restos fúnebres en Guanabo y cerca de la laguna de Ariguanabo (Departamento de Arqueología. Centro de Antropología, 2008, p. 199).

El nombre de San Cristóbal de La Habana, dado a la villa fundada por el Adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, fue tomado de uno de los muchos cacicazgos indios que algunos historiadores refieren que presumiblemente existieron, tal como sucedió con otras fundaciones donde al nombre hispano le siguió el vocablo aborígen ya acostumbrado.

Se puede presuponer que los elementos naturales del paisaje original que caracterizaron el sitio de La Habana y su región, en donde primaban los bosques de madera dura al centro, y de galerías a lo largo de sus ríos; la llanura septentrional y la vegetación costera, representaron recursos y resistencias al poblamiento europeo y a los siboneyes, de manera diferenciada. Para los colonizadores, los bosques, las sabanas, las aguas fluviales y la bahía protegida, constituyeron recursos naturales de gran valor a diferencia de las costas al descubierto y los manglares que obstaculizaban su asentamiento; mientras que para la exigua población aborígen que se asentaba en la zona, la vegetación costera y cercana a la desembocadura de los ríos y lagos se erigieron en recursos indispensables de donde extraía su sustento.

⁵ Este es el tercer sitio del capital establecido por los conquistadores, pues la villa originaria fue fundada en la costa sur de la provincia de Mayabeque el 25 de julio de 1515, recibiendo en aquel entonces el nombre de Villa de San Cristóbal en saludo al día del santo patrón de los navegantes. Años más tarde se trasladaría a la costa norte cerca de la desembocadura del Río Casiguaguas o de La Chorrera, hoy Almendares.

⁶ Pérez de la Riva se refería al libro *Prehistoria de Cuba* publicado por esos reconocidos autores

Es bien probable, según relatan participantes en la conquista, que hubiera en el territorio actual de La Habana presencia aborigen a inicios de la colonización, puesto que el paisaje original era propicio, la toponimia primitiva lo presupone y los testimonios de algunos cronistas refieren la convivencia de alguno que otro soldado español con tribus aborígenes desde 1509, cuando una de las naves de Sebastián de Ocampo carenó durante el bojeo de la isla. Sin embargo, la crueldad desenfrenada de los conquistadores y colonizadores de la Isla, redujo, en menos de cuarenta años, o sea, hacia 1550⁷, a no más de 4,000 el número de los aborígenes que quedaban en la isla (Roig de Leuchsesering, T. 1, 1963, 11).

Fueron varios los factores que explican el rápido exterminio de los indios que no sólo se debió a las violentas persecuciones y el maltrato de que fueron víctimas, sino también a los rudísimos trabajos a los que fueron sometidos por sus nuevos amos, los colonizadores, a quienes se les asignaban tierras y se les encomendaban indios para trabajar fuera de su hábitat tradicional. A ello se unen la ruptura de su precario equilibrio ecológico, las hambrunas debido a la pérdida de su base alimentaria, las nuevas enfermedades importadas por los colonizadores, así como el hecho de que, según cuentan los propios cronistas españoles, llevados a la desesperación por aquella vida de esclavitud y sufrimientos incontables, apelaron frecuentemente al suicidio. (Pérez de la Riva, Juan, 2004, 38).

Se cuentan diversas reacciones contra aquellos maltratos. En 1510 sobrevino una primera reacción por parte de Fray Antón Montesinos en La Española (Ibídem, 50), seguida por los empeños históricos reconocidos de Fray Bartolomé de las Casas. No sería hasta el año de 1552 que esta lucha terminaría cuando se pone en práctica tardíamente en la isla una ley promulgada por el rey Carlos V en Madrid con fecha 2 de agosto de 1530. Algo menos de 18 mil indios que para entonces quedaban en toda Cuba resultaron liberados, pero fueron reunidos en poblados como Guantánamo, Jiguaní, El Caney (ibídem, 53). En La Habana, se reunieron en Guanabacoa y otros se establecieron en el barrio llamado de Campeche, hoy al sur de La Habana Vieja cerca de la Iglesia de La Merced, y también en las riberas del río Uyanó, hoy Luyanó, concediéndoles el Cabildo merced de tierras para sus viviendas y cultivos hasta que terminaron por fundirse con la población (Roig de Leuchsesering, T. 1, 1963, 13).

La operación de los colonizadores para poblar la Isla de Cuba y las fundaciones de las siete villas

Diez y ocho años transcurrieron desde la llegada del navegante y almirante Cristóbal Colón a Cuba por primera vez en 1492, hasta el comienzo de la conquista española de la isla por Diego Velázquez en 1510. Este último, que formara parte como soldado de varias expediciones de conquista y fuera tripulante en el segundo viaje de Colón donde se había asentado en la isla de La Española y atesorado tierras y gran fortuna, fue comisionado por Diego Colón, hijo del Almirante y Gobernador de las Indias, para que llevara a cabo la ocupación de Cuba, cumpliendo con ello instrucciones reales formuladas por Fernando de Aragón *“para saber el secreto de Cuba”*⁸. Dicha conquista, concebida como una operación militar de reconocimiento e invasión tenía como propósitos declarados *poblar aquellos territorios y pacificar* a sus pobladores convirtiéndoles a la fe cristiana, tal como se hizo en isla de La Española, que reúne hoy los países de Haití y República Dominicana.

⁷ Se registran actas del cabildo habanero a partir de esa fecha, ya que las primeras registradas desde la fundación han desaparecido debido a los ataques e incendios perpetrados por corsarios y piratas.

⁸ Tal secreto se refería a la sospecha de que en Cuba pudiera haber oro.

Al término de dicha ocupación por toda la isla en 1514, se terminaron de fundar por el propio Velázquez las primera siete villas, allí donde habían al menos poblados aborígenes cercanos, y en este orden: La Asunción de Baracoa y San Salvador de Bayamo en 1511 y 1513, respectivamente; la Santísima Trinidad, Santa María del Puerto del Príncipe, Sancti Spíritus y San Cristóbal⁹, en ese mismo año de 1514 y en el verano de 1515 se fundaría Santiago de Cuba (Portuondo, Fernando, 1965, 68). Con excepción de Baracoa, todas las villas, serían trasladadas de sitio a partir de su primer asiento. En el caso de la villa de San Cristóbal, dicho primer traslado obedeció a varios factores, entre ellos intereses españoles de la conquista que ya por aquel entonces miraban a México y a La Florida, además del clima insalubre y los insectos en la costa sur.

Fueron fundadas entonces las primeras 7 villas en algo más de 2 años de ocupación y con una distancia promedio aproximada de 300 a 400 kilómetros entre una y otra. La fundación de cada villa según el plan de Velázquez y su legión de conquistas venía acompañada con las consecuentes determinaciones de *vecinos*¹⁰, *moradores*¹¹ y *estantes*¹² o transeúntes, teniendo los primeros la facultad de elegir un *cabildo* o ayuntamiento que entre otras atribuciones registraba los hechos, designaba el alcalde y llevaba a cabo el repartimiento de tierras y la encomienda de indios para trabajar.

La operación militar que se había fraguado en 1510 para *poblar* resultó positiva y aparentemente eficaz, hasta que comenzaron a extinguirse las exiguas cantidades de polvo de oro aluvial y los aborígenes que serían sustituidos con pequeñas cantidades de indios procedentes de La Española, yucatecos y los primeros pequeños contingentes de esclavos africanos traídos de España.

No puede olvidarse que los hombres que vinieron a conquistar la isla no fueron colonizadores como sucedió en otros continentes, sino buscadores de fácil fortuna que en varias ocasiones abandonaron las villas fundadas cuando se percataron que el poco oro aluvial se agotó, enrolándose después en cuanta empresa y expedición hubiera, tal como sucedería con los primeros pobladores de La Habana durante las faenas de la conquista de México y de La Florida después. Ello trajo aparejado, como más tarde se demostrará, el lento crecimiento de la isla durante los dos primeros siglos.

⁹ Se trata del primer asiento de La Habana en la costa sur ya referido en nota anterior, sin que se documente el sitio y fecha exactos de su fundación por Diego Velázquez ya que desaparecieron los Libros del Cabildo anteriores a 1550. No obstante, hay historiadores que aluden al 25 de julio de 1514 como fecha de la fundación del primer asiento de la villa.

¹⁰ Los vecinos eran los residentes con carácter permanente y su condición quedaba acreditada en las Actas Capitulares concediéndoseles el derecho del sufragio para elegir a los alcaldes y regidores que cada primero de enero se llevaba a cabo, el disfrute de solar y tierra para edificar y labrar o criar ganado y otros derechos inherentes a su condición.

¹¹ Los moradores vivían en la villa con mayor estabilidad, incluso que los vecinos, con la intención de que se les autorizara a convertirse en vecinos.

¹² Los estantes o transeúntes constituían la población flotante, tripulaciones de barcos, funcionarios de la metrópoli, efectivos de la guarnición militar, etc.

Los orígenes y avances del emplazamiento de San Cristóbal de La Habana y de su población hasta su ocupación por los ingleses

Luego del traslado de la villa fundada en algún momento del año 1514 en la costa sur hacia algún lugar cercano a la desembocadura del río La Chorrera, hoy llamado Almendares, situado en la costa norte del cacicazgo o provincia aborigen *Havana* o Habana, muy pocos años después, nuevamente se produce otro traslado de la villa, esta vez a 8 kilómetros más hacia el este, en la orilla occidental de una bahía amplia, de aguas profundas a diferencia de la desembocadura de La Chorrera, bien protegida de las miradas de otros navíos extranjeros por bosques y por su estrecho canal de entrada, puerto al que ya los conquistadores conocían con el nombre de Carenas, desde el año 1509 cuando Sebastián de Ocampo se detuvo mientras exploraba esa zona durante el bojeo de Cuba y donde habitaban pequeños grupos de aborígenes diseminados (Roig De Leuchsering, Emilio, op.cit, 38).

El asentamiento anterior de La Chorrera conservó por algún tiempo el nombre de Pueblo Viejo. De igual manera existieron también dos poblaciones, una en la costa Sur, a la cual llamaron específicamente *San Cristóbal*, y la otra en la costa Norte, que denominaron primero *Puerto de Carenas*, y que por las ventajas que ofrecía este último lugar sobre aquél, fue mudándose e incorporándose la población de San Cristóbal y de La Chorrera a la de Carenas, hasta desaparecer aquéllas por completo, sin que quedasen huellas físicas de esos primeros sitios (Ibídem, 34).

Dos motivos poderosos contribuyeron a que el nuevo lugar elegido para el nuevo establecimiento de la villa tuviese el carácter de permanente y definitivo: la grandiosidad del puerto que a diferencia de la desembocadura del río Almendares daba cabida a cientos de navíos, como años más tarde sucedió; puerto este que estaba dotado de admirables condiciones de seguridad, así como su estratégico sitio y condiciones topográficas del terreno, llano en una gran extensión, y de clima benigno y saludable para los extranjeros y con inmediato acceso a la boca del puerto. Tales ventajas explicaron entonces la refundación de la villa con el nombre de San Cristóbal de La Habana el 16 de noviembre de 1519, que heredara el nombre original del santo patrón de los navegantes, o quizás también del almirante Colón y de la provincia o cacicazgo aborigen¹³. En el mismo año se celebró la primera misa y el primer cabildo debajo de una hermosa ceiba cerca de donde hoy se halla El Templete.

El sitio inicial ocupado por la población estuvo entre los terrenos que hoy ocupan el Castillo de la Fuerza, el Palacio de las Capitanes Generales y la Aduana. Pero durante las dos primeras décadas después de su fundación, la entonces villa de La Habana no era más que un pobre caserío de bohíos extendido —según apunta la historiadora Irene Wright— «a lo largo de la orilla de la bahía» (Ibídem, 38), desde el fondo del castillo de la Fuerza, hasta el lugar donde se alza el edificio de la antigua Lonja del Comercio. El centro de la villa en aquel entonces era la plaza, situada precisamente donde se empezaría a levantar en 1540 el Castillo de La Fuerza, como años después lo fuera la llamada plaza de gobierno frente al Palacio de los Capitanes Generales.

Como la población de la Villa era muy escasa en sus primeros tiempos, no es posible acudir a datos suministrados por reportes de censos de población, ya que el primero de estos se levantó a finales del siglo XVIII. Las informaciones que sobre el monto o tamaño demográfico existen obedecen a estimaciones de cronistas, viajeros, visitas pastorales o recuentos elaborados por los propios cabildos.

¹³El topónimo *Hauana*, *Habana*, *Havana*, *Abana*, *Vana*, y otras variantes como *Zabana* o *Sabana* parecen significar lo mismo, nombre *Araguaco* para designar tierras llanas. Lo cierto es que el nombre *Havana* se empieza a generalizar en 1798 hasta que en 1818 se impone el definitivo de *Habana*. La ortografía de este topónimo ha sido muy variable en el tiempo (Núñez Jiménez, Antonio, 2014, 251).

No obstante, ello, y debido a la importancia de su posición geográfica, factor importante en su desarrollo, ya en 1532 la villa contaba con más habitantes que Santiago de Cuba, que era la capital donde radicaba el Gobernador de la isla, que para entonces contaba tan solo con dos demarcaciones independientes: Santiago de Cuba y La Habana.

En 1544 solamente había en la Villa 40 vecinos; y en 1553, 60, pero teniendo en cuenta que los vecinos formaban parte de la minoría privilegiada, eran los “*cabezas de familia*”, parte de la población real residente. En una de aquellas informaciones citadas se dice que en 1544 había en la villa 362 habitantes, es decir «*40 vecinos casados y por casas; indios naborías naturales de la Isla, 120; esclavos indios y negros, 200; un clérigo y un sacristán*» según constaba en un recuento elaborado por el obispo Diego Sarmiento en sus visitas pastorales recorriendo la isla (Friedlander, H., 1978, 36). En 1554 el total de habitantes era de 700 (Roig de Leuchesering, op.cit., 98). Un año antes el Gobernador de la isla se traslada definitivamente de Santiago de Cuba para San Cristóbal de La Habana con la encomienda real de convertirla en capital de la isla en 1556.

El crecimiento de la villa era lento, no solo debido a los pobladores que se enrolaban en cualquier expedición de conquista hacia otras tierras, sino también porque lo poco que pudieron construir sus habitantes fue incendiado y destruido en 1537, 1538, 1543 y 1555¹⁴ por corsarios y piratas. La amenaza de los enemigos de España, que no eran pocos, condicionó que en San Cristóbal de La Habana se comenzaran a construir fortificaciones desde mediados del siglo XVI como el Castillo de la Real Fuerza (1540-1577), los castillos de Los Tres Reyes del Morro y de San Salvador de La Punta (1589-1630).

En 1590, La Habana contaba con 800 vecinos y un total de 4 mil habitantes y dos años después, en saludo al primer centenario del descubrimiento por Colón, el rey Felipe II le confiere a la villa capital, La Habana, el título de Ciudad, construyéndose la presa del Husillo y la Zanja Real¹⁵ que partían del río Almendares (Ibídem, 41). Tal decisión se justifica por la importancia que fue cobrando la Villa debido a su situación geográfica y el paso de las flotas españolas.

La originaria villa, ya convertida en ciudad capital con un tamaño de población bien reducido, lograba fácilmente autoabastecerse de los principales productos agrícolas y derivados de la ganadería, cuestión que se realizaba en gran medida, desde el territorio de la actual Centro Habana, que, por esa época, era el espacio territorial más aledaño (Ibídem, 34) a la ciudad, donde se encontraban sitios y estancias que se especializaban en diversas producciones agrícolas.

Cuando ya estaba por finalizar el siglo XVI que vio nacer a La Habana, existe una narración escrita en 1598 que refiere que:

San Cristóbal va progresando no obstante los inconvenientes de piratas y el poco comercio. Esta población se está construyendo con mucha irregularidad. La calle Real (hoy Muralla), la de las Redes (hoy Inquisidor), la del Sumidero (O Reilly) y la del Basurero (Teniente Rey) es en donde se fabrican las habitaciones en línea, las demás están planteadas al capricho del propietario, cercadas o defendidas, en sus frentes, fondos y costados, con una muralla doble de tunas bravas. Todas las casas de esta villa son de paja y tablas de cedro, y en su corral tienen sembrados árboles frutales, de que resulta una plaga insufrible de mosquitos, más feroces que los

¹⁴ El asedio y ataque a La Habana por Jacques de Sores durante cerca de un mes, trajo la muerte y desolación a la villa por medio del fuego a las embarcaciones, a las maltrechas casas, a las estancias vecinas y dando muerte a los esclavos que las atendían y a quienes repelieron su ataque.

¹⁵ El cauce de la Zanja Real llegó en 1597 hasta el Callejón del Chorro en la hoy Plaza de La Catedral.

de Castilla. Me han asegurado que un mancebo de la Nao de Antón Ruiz fue víctima de estos venenosos insectos. Después de cerrada la noche nadie sale a la calle: y el que tiene que hacerlo por urgencia, va acompañado de muchos, armados y con luces; así lo exige el crecido número de perros jíbaros o sean monteses que vagan por ellas y el atrevimiento de los cimarrones que vienen a buscar recursos en lo poblado” (Roig de Leuchesering, T. 1, 1963, 52).

Durante el nuevo siglo XVII la población de la isla aumentaría rápidamente de 10 mil a 50 mil habitantes. La información a propósito del tamaño de la población residente en Cuba y en la villa de San Cristóbal seguirá siendo poco precisa y solo existen estimaciones de viajeros que la visitaron. Así por ejemplo, Pérez de la Riva, estimaba a partir de esas fuentes, que para el inicio del siglo residía en La Habana la mitad de los 10 mil pobladores que debía tener la isla, donde habría un habitante por 30 o 40 km², mientras que en Bayamo y Santiago de Cuba, tendrían, en conjunto mil 500 habitantes; Sancti Spíritus y Puerto Príncipe, menos de 800; en el resto de las villas, la población de cada una no pasaba de unas docenas de habitantes y en los bosques y sabanas, de manera dispersa habrían menos de 3 mil personas (Pérez de la Riva, op.cit. 2004, 87).

Según el mismo autor, la población de la isla crecería, no obstante, dos veces más aprisa que la población de España en la misma época debido a la inmigración esclava, aún de poca magnitud, y fundamentalmente de población libre, peninsulares, entre ellos aquellos que muy pobres procedían de las Islas Canarias y Andalucía quienes se vincularon con la producción de tabaco, pero también de dos a tres mil españoles procedentes de Jamaica después de la conquista de esa isla por los ingleses en 1655, hecho este último que se repetiría a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX cuando tuvieron lugar las pérdidas de otras colonias españolas en el continente.

La población de la ciudad en 1666, ocho años después que comenzara la construcción de la muralla de más de 2 kilómetros de extensión, contaría con 8 a 10 mil habitantes. Pero la atracción de la villa para los enemigos de España continuaba aún después de la construcción de las murallas hasta su completa terminación en 1740¹⁶. En 1668, Henry John Morgan, pirata de origen norteamericano, después de varias depredaciones en Santiago de Cuba y otros puertos antillanos y centroamericanos, se presentó a la vista de La Habana con el intento de asaltarla por la parte no fortificada, desembarcando para ello en Matabanó, hoy Batabanó, setecientos hombres, que se disponían entrar por Jesús del Monte; pero, conocedor el pirata de los serios preparativos de defensa llevados a cabo por la jefatura del gobierno y guarnición de la ciudad, abandonó su propósito, atacando y saqueando entonces impunemente a la villa de Puerto Príncipe, hoy Camagüey, donde muchos de sus pocos habitantes emigraron hacia La Habana.

En 1725 se construye un astillero para fabricar y arbolar¹⁷ buques de guerra en los terrenos de los edificios de la actual Aduana, en el muelle de la Machina¹⁸ (Pezuela, Jacobo de la, 1863, Tomo II, 25) y que en 1754 amplía sus producciones trasladándose parte de su ubicación al llamado Arsenal de La Habana en el espacio que hoy ocupan los terrenos del actual Muelle “la Coubre” y la Terminal de Ferrocarriles. La producción de barcos de toda clase, que, en un número mayor de cien, se construyeron en La Habana entre 1724 a 1759, constituyeron la prueba de la importancia que había

¹⁶ Las murallas se comenzaron a derribar a partir del año 1863 porque desde mucho antes había concluido el asedio de piratas y corsarios y constituyeron entonces un obstáculo a la extensión del poblamiento ciudadano.

¹⁷ Poner en una embarcación los palos que sujetan las velas.

¹⁸ Los astilleros de la Machina estuvieron situados en lo que hoy se conocen por las edificaciones de la Aduana. En ese primer astillero se construyeron navíos de guerra para la flota española hasta 1725 cuando comenzó a trabajar el Arsenal.

adquirido su puerto, que permitió que La Habana se distinguiera en aquel entonces por la fabricación de buques de guerra (Pezuela, Jacobo de la, op.cit, 148).

Desde 1739 se hacían sentir en la ciudad los antagonismos existentes entre Inglaterra a España. Por este motivo, a partir de 1740, los terrenos de extramuros en la parte norte, se prepararon para un asalto enemigo con obstáculos, como fosos y estacadas, así como obras de carácter militar para la defensa de la ciudad, convirtiéndose esta área en una zona de difícil asiento para la población, donde quedó terminantemente prohibido todo tipo de construcción. Esta es una de las razones de la urbanización tardía de los terrenos vedados para la población, en el área que hoy ocupa el Vedado.

En 1755 se lleva a cabo la visita pastoral del obispo Pedro Morell de Santa Cruz¹⁹ que duró dos años recorriendo las parroquias por toda la isla. Los resultados de dicha visita arrojaron como conclusión una estimación de la población total del país registrada en las parroquias de 149 mil 46 habitantes y el 51 por ciento de ella, es decir 77 mil 152 personas, se concentraban en la capital y en las tierras al este y sur, pero no más allá de Guanabacoa y Bejucal, que representan aproximadamente algo menos del espacio geográfico de la actual provincia de La Habana. La cantidad de población registrada dentro del recinto amurallado era aproximadamente de 35 mil habitantes residentes o pobladores, pero si se agregaban los pobladores de los terrenos extramuros aledaños, sumaban 53 mil 761 habitantes residentes, que representaban el 36 por ciento de la población total de Cuba, en uno de los espacios más densamente urbanizados de América que no sobrepasan las 138 hectáreas. Esto cobra mayor significación cuando se tiene en cuenta que en ese espacio capitalino se podían añadir 50 mil personas transeúntes. (Venegas Fornias, Carlos, 2002, 23). Estas cifras suponen una densidad promedio de 389 habitantes por cada hectárea de la población habanera residente.

Entre 1700 a 1750 el crecimiento de la población del país aumentó 5 a 7 veces más rápido que en los principales países europeos. Este ritmo se mantendrá durante todo el siglo XVIII y debido esta vez a la introducción creciente, de esclavos africanos y también de población blanca. Cuba manifestaba por aquel entonces una gran desigualdad de su poblamiento, tanto en las características étnicas de su población como en la irregularidad de la distribución de sus asentamientos y en la densidad de su ocupación.

Como más de la mitad de la población de la isla se concentraba en la región habanera, gran parte de esa inmigración se asentaría en los alrededores de la ciudad, debido al papel que va representando la actividad portuaria de ésta y la intensa acumulación de capitales y de atracción para los inmigrantes de la metrópoli española.

Pero sobreviene entonces en 1762 la declaración de guerra de los ingleses a España y las acciones bélicas se ponen de manifiesto en las colonias, especialmente en Cuba y también en Manila, Filipinas, como parte de las acostumbradas contradicciones entre ambos imperios para lograr el predominio en la navegación y el comercio marítimos.

Una poderosa agrupación naval inglesa con propósitos beligerantes, apareció el 6 de junio de 1762 frente al Castillo del Morro de La Habana, integrada por 30 mil efectivos que se enfrentarían contra menos de 4 mil soldados que formaban parte de la guarnición, los dos fuertes: la Punta y la Real Fuerza, y unos pocos millares de residentes mal armados, fundamentalmente población antes esclava.

¹⁹Pedro Morell de Santa Cruz y Lora fue Obispo de Cuba entre 1754 a 1768. Su visita a las parroquias y recuento de los pobladores de la isla entre 1754 a 1757, es considerada como una especie de primer censo no oficial de Cuba

El asedio y lucha se prolongó durante casi dos meses. La ciudad era una plaza muy fortificada y especialmente el Castillo de El Morro, ofreció gran resistencia al mando de un oficial de la guarnición, Luis de Velasco, hasta que los ingleses desembarcaron por Cojímar y consiguieron vencer la resistencia en El Morro. Sin embargo, las fuerzas armadas compuestas por vecinos de Guanabacoa y de La Habana, principalmente campesinos de la zona, dirigidos por el héroe popular José Antonio Gómez, Pepe Antonio, regidor del Ayuntamiento de Guanabacoa, se enfrentaron a las tropas invasoras inglesas con tenaz decisión. La ciudad capitula el 13 de agosto y es ocupada. Los ingleses cometerían excesos en sus incursiones por las localidades de Los Quemados, Puentes Grandes y Santiago de la Vegas, incendiando el primero de estos asentamientos que radicaba en lo que es hoy Marianao.

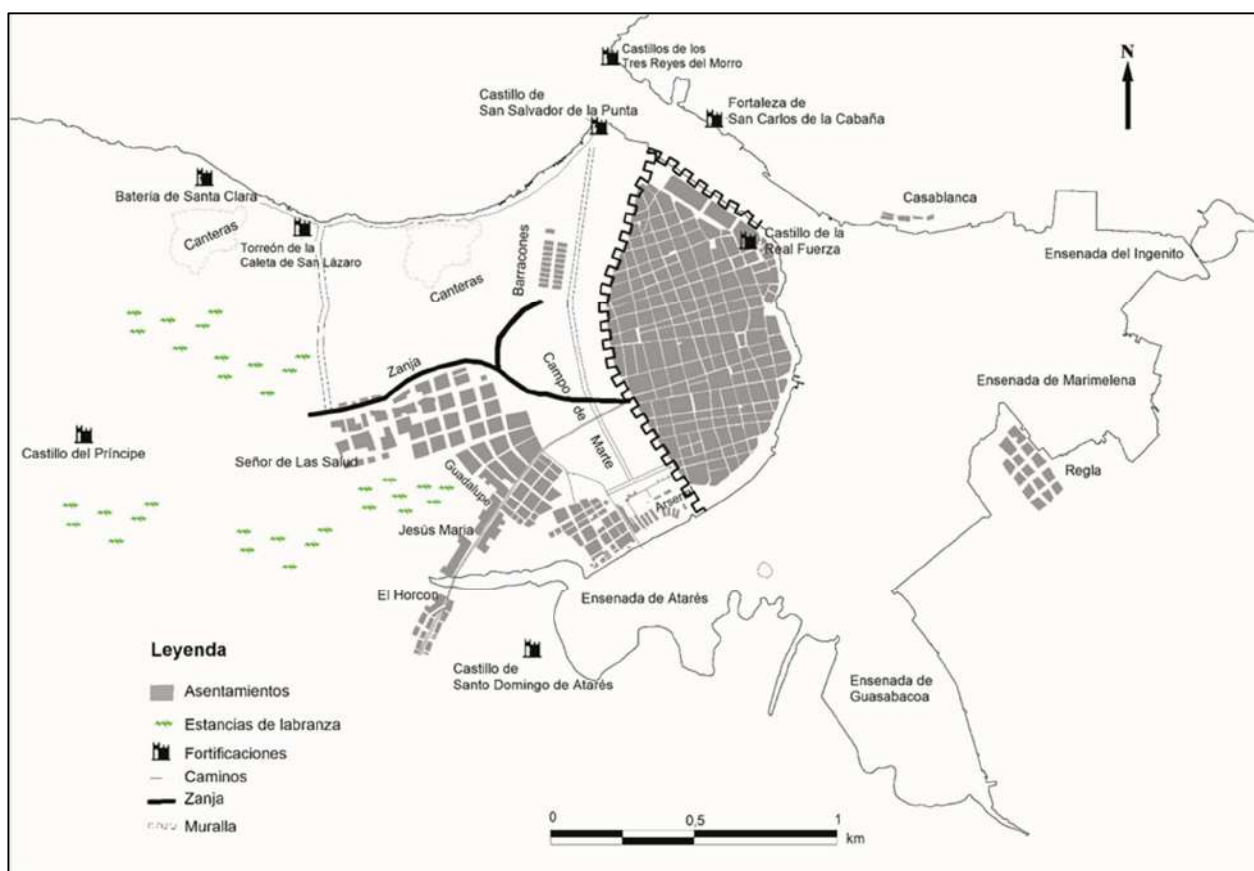
Las pérdidas totales de hombres ascendieron a dos mil 910 individuos, incluyendo tropas de tierra y marina, tripulaciones de la propia escuadra inglesa, milicianos de todos los colores y gente de tierra adentro, además cerca de 900 esclavos negros que sus propietarios habían cedido y que fallecieron en las tareas de acondicionamiento de la defensa del Morro (Pezuela, Jacobo de la. 1865, T. 3, 51).

El proceso de capitulación que exigieron los ingleses al gobierno de La Habana fue muy severo: la entrega de “los efectivos de la Real Compañía de Comercio que llegaba a cien mil pesos y además una suma de 75 mil pesos en moneda que pagaron los comerciantes” (Friedlander, H., op.cit., 86). Los ingleses ocuparon la ciudad durante once meses, pero la clase aristócrata habanera obtuvo, no obstante, gran provecho de ello, porque en ese intervalo de tiempo se estableció un intenso intercambio comercial y cerca de un millar de embarcaciones comerciales de varias banderas entraron al puerto para descargar y cargar mercancías, se introdujeron cerca de 5 mil esclavos procedentes de Jamaica que se distribuyeron entre los hacendados dueños de ingenios en la capital y la oligarquía multiplicó su capital (Ibídem).

Luego de la devolución de La Habana a España por parte de los ingleses a cambio de La Florida y la parte oriental de la Luisiana, que eran propiedad del imperio español, la monarquía consideró conveniente llevar a cabo reformas y concesiones para retener sus posesiones en el hemisferio, como fueron el replanteo del sistema defensivo, la captación de recursos financieros por vías fiscales para enfrentar las urgencias, el establecimiento de servicios de correos periódicos entre la colonia y España, el intercambio comercial entre esta isla con otras del Caribe y con varios puertos españoles.

Para 1762, La Habana que tomaron los ingleses era ya una rica y populosa ciudad de más de 50 mil habitantes, contando sus áreas intramuros y sus arrabales más próximos en las áreas extramuros. Era la tercera ciudad del continente americano, después de México y Lima, por su población y riqueza, y el más importante de todos los puertos del hemisferio (Pérez de la Riva, Juan, 1975, 304).

Mapa 1. La Habana intramuros y extramuros en 1798



Fuente: Elaborado por los autores a partir de plano del siglo XVIII

El mapa que se acompaña, elaborado a partir de uno similar perteneciente al año de 1798, es decir casi 30 años después de la toma de La Habana recoge las tres las fortificaciones que ya estaban construidas a la llegada de los ingleses, con la salvedad de aquellas que se construyeron por el gobierno español luego de la retirada de la fuerza invasora: la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña y los castillos del Príncipe y Santo Domingo de Atarés. Aparecen además los principales caminos y la Zanja Real.

En el epígrafe que sigue, se analizan con más nivel de detalle los factores que hicieron posible el crecimiento de la población habanera y su territorio, desde sus inicios en el siglo XVI hasta la expansión de la plantación esclavista azucarera a mediados del siglo XIX.

I.2 Los factores del desarrollo y los ciclos económicos de La Habana

***“La Habana es la llave del Nuevo Mundo y
antemural de las Indias Occidentales”.***

REALES CÉDULAS DE 24 DE MAYO DE 1634
Y 10 DE MARZO DE 1717

Los elementos del paisaje natural que encontraron los conquistadores en las tierras del cacicazgo aborigen de la Habana donde fundaron el asentamiento actual de la Villa de San Cristóbal de La Habana, fueron bien aprovechados cuando concurren otras circunstancias de carácter económico para potenciarlos y hacerlos funcionar como recurso natural.

Entre ellos están la posición estratégica y también sus llanuras septentrionales, y bosques más al sur con sus suelos ferralíticos y su intensa red fluvial. Todos ellos desempeñaron un rol importante a lo largo del desarrollo histórico de la población habanera.

Historiadores como Juan Pérez de la Riva se han referido a los ciclos económicos y a los factores del desarrollo del poblamiento de Cuba (Pérez de la Riva, Juan, 2004, 67), cuyas características pueden ser también válidas para interpretar el crecimiento de la población y el poblamiento de La Habana.

La posición estratégica de La Habana, la Corriente del Golfo y el sistema de flotas. Los “situados”

La posición estratégica de La Habana en la costa norte de la isla frente al Estrecho de La Florida y muy cerca de esta última y del Virreinato de Nueva España, hoy México, constituyó la ventaja principal de los habitantes de La Habana. Frente a las costas de la Villa, circula la corriente marina del Golfo, que se desplaza en la dirección este y luego noreste a razón de casi 2 metros por segundo y con una anchura promedio de mil kilómetros hasta llegar a Europa (Rodríguez, Oscar, 2018, 8). Precisamente esta fue la senda de regreso a España que utilizaron los navegantes españoles, apoyándose a la altura de la península de Terranova en los vientos contralisios del hemisferio norte para llegar mucho más rápidamente a la metrópoli, que si lo hubieran hecho atravesando el Océano Atlántico²⁰. La influencia de esa corriente convertiría a La Habana en el puerto escala del sistema de flotas.

La Casa Real de Madrid estuvo valorando desde 1543 un sistema de navegación para llevar a cabo el intercambio de mercancías y bienes con sus colonias en Las Américas que consistía en navíos mercantes debidamente custodiados por barcos de guerra. Este sistema se organizaría a partir de la quinta década del siglo XVI, para llevarlo a cabo dos veces al año, en abril y agosto, hasta que se estableciera de manera regular desde 1566 hasta 1778.

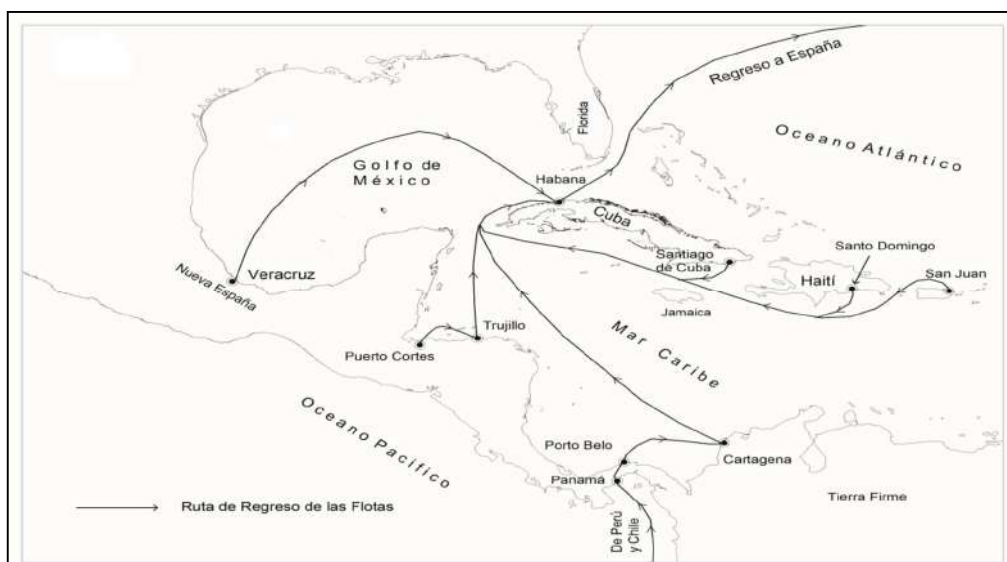
Las flotas que partían de Sevilla traerían al continente americano más de 20 navíos convoyados por galeones de la Armada Naval del imperio español para la protección contra piratas, corsarios y buques franceses e ingleses. La Habana sería escogida por su posición geográfica como punto de reunión de todos los buques que navegarían meses después rumbo a España.

El sistema estaba integrado por dos flotas, una que partía rumbo a México, y en ocasiones cubría tránsitos por Honduras, La Española y Puerto Rico y la otra lo hacía en agosto con barcos hacia Cartagena y Portobello, que se encuentran en los actuales países de Colombia y Panamá. Ambas

²⁰Esta corriente la descubrió Juan Ponce de León en 1513 durante su expedición colonizadora a La Florida.

flotas pasarían el invierno en los puertos americanos y en el verano estarían en La Habana para emprender el retorno a España, con parte de los galeones de la Armada que allí quedaron en espera del resto de la flota (Portuondo, Fernando, op.cit, 144).

Mapa 2. Cuba y las flotas en el mar Caribe (siglos XVI al XVIII)



Fuente: Portuondo, Fernando, *Historia de Cuba, 1492 a 1898*. Instituto Cubano del Libro, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1965.

Durante la estadía en La Habana de los navíos de la flota que quedaban en espera del último barco para zarpar de regreso al imperio, la ciudad quedaba invadida de tripulantes y pasajeros en un número que excedía con creces a la población residente, del orden de 6 mil a 9 mil hombres²¹, quienes pasaban una estancia, a veces prolongada, hasta de uno a seis meses, lo cual ocasionaba grandes dividendos a las familias que rentaban casas o habitaciones, y a quienes les proporcionaban la venta de avituallamientos, pero también modos de disfrute del tiempo para matar el ocio, a través de fiestas, juego y prostitución.

La población residente participaba comprando a crédito cuanto fuera posible y pensando en el día feliz en que el vigía del Morro anunciase el arribo de la flota porque a partir de ese momento se podían saldar las deudas: casas, solares, cueros, tabaco, azúcar y otras cosas de menor valía, que se compraban a crédito para pagar cuando viniera la flota.

Los navíos venían no muy cargados desde España, con muebles, vinos, quesos, instrumentos de trabajo, animales, entre otros, pero se llevaban el oro, la plata, las esmeraldas, las caobas y otras maderas preciosas de los bosques centroamericanos y de Cuba, dinero como pago de impuestos y tributos desde las colonias. En su retirada a su paso por La Habana, se acometía la última oportunidad de cargar, y la oligarquía, que se fue gestando en La Habana, la aprovechó sobremanera, enviando

²¹ Según Juan Pérez de la Riva eran "gente de mar y de guerra, funcionarios, representantes del comercio de Cádiz, pacotilleros, clérigos y aun simples viajeros" (Pérez de la Riva, Juan. *La población habanera En: El barracón y otros ensayos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Sociología, 1975, p. 303-315.

maderas preciosas, cobre que venía por barco desde las minas de Santiago de Cuba hasta el puerto de Matabanó, hoy Batabanó, producciones agrícolas como cueros indispensables para los amarres, carnes saladas, casabe, azúcar y frutas procedentes de los pequeños trapiches, estancias y sitios de labranzas situados alrededor de la villa, pescado salado, agua potable y demás avituallamientos para la travesía oceánica.

La población habanera incorporó a su modo de vida una suerte de vocación terciaria, de trabajar prestando servicios de avituallamiento y hospedajes para los extranjeros hace algo menos de 500 años, quienes dos veces por año llegaban a puerto; mientras los miembros del cabildo se enriquecían acumulando capitales para financiar inversiones posteriores.

La corona española facilitó condiciones para que La Habana pudiera llevar a cabo la función de puerto escala de la flota. Es por ello que el sistema defensivo de la Villa resultó fortalecido y se comenzó la construcción de los Castillos del Morro y de La Punta que defendían la entrada de la bahía y les cerraban a los enemigos el canal de acceso a través de una especie de pasarela o cadena que unía las dos orillas de la entrada. Se construyeron no sólo la Zanja Real²² para garantizar el abasto de agua de una cantidad mayor de población, un muelle donde pudieran atracar los navíos, que en número de 19 a 30 como promedio diariamente anclaban en el puerto y se crearon las condiciones para reparar barcos en el astillero construido para ese fin.

Luego de terminadas dichas construcciones, la mano de obra y la tradición constructora se empleaban en levantar mansiones de cal y canto para los grandes vecinos, sin desdeñar desde luego, numerosísimas iglesias y conventos, cuyos campanarios y plazuelas serán el rasgo más sobresaliente del paisaje urbano.

Pero muy pronto la metrópoli se percató que era necesario acudir a otra fuente de inversión para garantizar todo el sistema defensivo de sus posesiones en el continente americano, y en especial la salvaguarda de su mejor pieza, La Habana, debido a su posición estratégica. Era imprescindible entonces que las restantes colonias contribuyeran a reducir los costos de tamaña empresa, por lo que se planificó que cada una de ellas le “situaba” a La Habana una especie de presupuesto para financiar no solo las obras militares necesarias para la seguridad de la flota cuando estaba anclada en el puerto, sino también la manutención de la guarnición (Pérez de la Riva, 2004, 86).

Tan temprano como en el año 1540, el Virreinato de Nueva España, lo que es hoy México, aportaba su primer situado anual a La Habana para la construcción del Castillo de la Real Fuerza, que según Pezuela los fondos representaban 20 mil pesos por año en la segunda mitad del Siglo XVI; 6 millones 250 mil pesos serían expedidos por la Caja de la Tesorería de México durante el siglo XVII; 210 mil pesos por año entre 1700 y 1760 y finalmente según la misma fuente de los estimados, estos alcanzarían a 2 millones 500 mil pesos por año entre 1760 a 1800 cuando La Habana se convirtió en la más grande base naval del Caribe a partir de las construcciones de barcos en el Arsenal (Pezuela, Jacobo de la, op.cit.558).

El valor económico que representaron los beneficios aportados por la Flota y los “situados” cobra sentido cuando se conoce que la población residente total en La Habana intramuros, en sus inicios, era aproximadamente de 2 mil individuos, que las tropas en muchas ocasiones se alojaban en las casas de los pobladores y que la mano de obra empleada en las fortificaciones estaba formada por

²²Una canal de 7 km de largo traía agua pura y fresca de la cascada del Husillo hasta la ribera del puerto

esclavos rentados por los vecinos con mayor poder económico. Una decena de vecinos cabezas de familia que formaban parte del Cabildo habanero, se apoderaron de los mayores beneficios, los que emplearon después en la adquisición de concesiones de tierra.

En el año 1814, tras casi tres siglos de enviar el situado a La Habana, termina México de enviar el último, cuando estalla allí la época de la revolución para escapar del dominio español. Así fue el final de la época de los *situados*, a partir del momento en que algunas de las colonias españolas se liberaron del dominio español. Pero ya la isla estuvo en condiciones de sufragar sus gastos defensivos y militares con el producto de sus propias rentas.

Las concesiones de tierras y el otorgamiento de mercedes en La Habana

El 31 de agosto de 1520, algo menos de un año después de fundada la villa de San Cristóbal de La Habana en su sitio actual, se confieren los primeros repartimientos de tierras realizados por el Gobernador de la Isla y los Consejos de los Cabildos de las villas fundadas a los primeros pobladores, sobre la base de autorizaciones que los Reyes Católicos otorgaron a Cristóbal Colón en 1497 (Pérez de la Riva, op.cit., 74). Diego Velázquez no tenía autoridad legal para repartir tierras pero los cabildos disponían de esa prerrogativa y lo llevaron a cabo a través de la concesión de mercedes que tenían una conformación en el terreno casi siempre circular²³.

Desde finales del siglo XVI hasta la mitad del XVII se produjo en La Habana importante número de mercedes concedidas para sitios de labranza y estancias con la finalidad de criar ganado, principalmente de cerda. Esta avalancha de concesiones solicitadas estuvo motivada por la concentración de capitales que la oligarquía habanera ya poseía y por las demandas de productos derivados de la agricultura que la función puerto escala de la Flota conllevaba.

Hasta el año de 1729 los cabildos de toda la isla otorgaron desde el año 1509 un total de 858 Corrales y 100 Hatos (Jiménez Verdejo, Juan Ramón y otros, 2018, 4). Pero fue hasta entonces que conservaron esta facultad, pero no las repartían en propiedad como a los primeros pobladores, sino sólo otorgaban el derecho a la posesión, puesto que ello era solo prerrogativa del soberano. Es en 1819 cuando se otorgaría la propiedad a quienes demostraran estar en posesión de dicha merced durante los últimos 40 años (Mateo Domingo, Alfredo, 1977, 5).

Como los agraciados con la concesión de una merced estaban obligados a construir una casa de pasajeros próxima a la de las haciendas, provista de agua y leña para hacer fuego a fin de que pudieran pernoctar los transeúntes, dichas mercedes se convirtieron en el asiento futuro de la red de asentamientos y villas que se fundaron a fines del siglo XVII y principios del XIX porque concentraron servicios en el cruce de los caminos o en el centro donde estuvo originalmente la hacienda

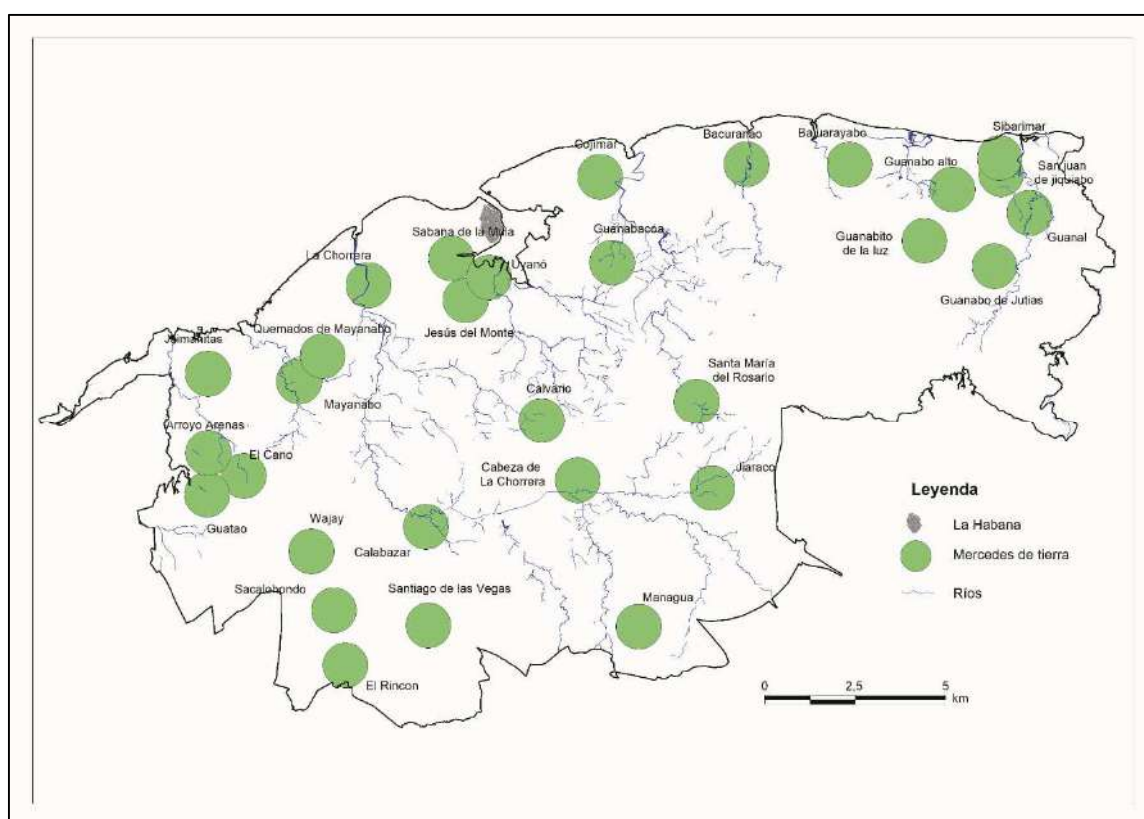
Se acompaña un mapa que muestra cerca de treinta diferentes mercedes concedidas en el espacio geográfico de La Habana actual durante los siglos XVI al XVIII. Se puede apreciar que las mismas en su trazado respondían a corrales para criar ganado de cerda porque no hubo en la región habanera capitalina crías extensivas de ganado vacuno. En el mapa 3 se exponen el nombre y localización aproximada de algunas de ellas, informaciones estas recopiladas a partir de fuentes citadas en el

²³ La merced se definía como una gracia o concesión que hacían los cabildos a los primeros pobladores de cierto terreno yermo para la crianza de ganado, si era de cerda recibía el nombre de "corral" y poseía una legua de radio, es decir su área era de 5 mil 600 has., pero si era vacuno, se trataba de un hato y contaba con 2 leguas de radio y su superficie era de 26 mil has. El cabildo también concedía tierra para sitios de labranza y solares para edificaciones

mapa y su correspondiente ubicación en los mapas topográficos actuales y en el de Esteban Pichardo publicado en España. (Pichardo, Esteban, 1875).

Habría que señalar que la mención de una merced en las actas del Cabildo no sería prueba suficiente de colonización, tan solo de apropiación del suelo. La riqueza de los topónimos aborígenes que existen en el país y también en los terrenos de la antigua Habana, sugieren la imagen de un poblamiento, muy precario y asentado mucho antes que el Cabildo se ocupara de conceder la tierra, tal como se puede observar en el mapa (Bernardo y Estrada, Rodrigo, 1857).

Mapa 3. Corrales mercedados para la cría de ganado menor durante los siglos XVI al XVIII



Fuente: Elaborado por los autores a partir de Bernardo y Estrada, Rodrigo de, *Prontuario de mercedes, o sea, Índice por orden alfabético de las mercedes concedidas por el Ayuntamiento de La Habana según aparece en los protocolos originales, La Habana, 1857* y por Pezuela, Jacobo de la, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba, Imprenta del establecimiento de Mellado, Madrid, España, 1863*

En 1552 el cabildo habanero también concedió una porción de tierra que se consideraba una propiedad colectiva mercedada por el Rey, o sea el ejido²⁴ de la Villa donde estaban los terrenos comunales para uso de todos los vecinos “donde los ganados de esta villa han de pastar e andar” y se

²⁴ Eran tierras comunales para cultivos de subsistencia alrededor de las villas y que estaban integradas por pequeñas parcelas de 13 a 26 hectáreas (has.).

ordena al vecino Juan Sánchez cerque una estancia que poseía “*en el ejido*”, pues por no tenerla cercada se han recrecido o recrecen muchos inconvenientes. Indudablemente esta alusión en el prontuario sirve para consignar que dicho terreno estaría situado en la prolongación actual de la calle Monserrate o Avenida de Bélgica hacia la Estación Terminal de los ferrocarriles, que tiene por nombre calle Egido (Roig de Leuchsering, op.cit, 41).

Al cabo de muchos años las mercedes fueron cayendo en desuso, fundamentalmente porque ya no quedaron terrenos que mercedar y porque los favorecidos o sus descendientes llevaron a cabo compra-ventas, hipotecas, y también por los litigios que sobrevinieron por los errores en la delimitación de dichas propiedades a lo largo de dos siglos.

A partir de la apropiación de tierras y la acumulación originaria de capitales que las flotas y los situados promovieron, la oligarquía habanera, participaría activamente, en el plazo de una a otra generación de propietarios, en los diferentes ciclos económicos que en el espacio geográfico de la ciudad y su entorno territorial de influencia, fueron sucediéndose en el decursar de los años: de fomento y producción de ganado de cerda, cultivo en vegas de tabaco, desarrollo de cafetales y de la plantación azucarera con la consiguiente inmigración forzada de esclavos.

El ciclo del cuero y del cerdo

El paisaje de sabana permitió la multiplicación en Cuba del ganado mayor que se trajo desde España. Sin embargo, en La Habana, donde no hubo grandes sabanas como en otras partes de la isla, algunas de las decenas de puercas traídas por Diego Velázquez se reprodujeron de una manera exponencial (Pérez de la Riva, op.cit.,84). Como en las regiones de La Habana y Matanzas predominaban los bosques tropicales húmedos y abundantes en palmas, ello resultó de hecho un hábitat privilegiado para la cría de cerdos

La carne de cerdo y el casabe indígena fueron la base de la alimentación, aunque después predominó en forma de jamón, tocino o manteca, además los puercos vivos o en cuartos de carne salada o ahumada eran cargados en los navíos de la flota. Pero los cueros salados o semi-curtidos, de gran utilidad en la producción de tapices para muebles, constituyeron un rubro importante de exportación que se cargaba en los barcos de la flota. Durante un siglo y hasta fines del siglo XVII, el cuero sirvió de moneda de cambio para obtener los artículos europeos (Ibídem, 86).

No obstante, ese rol del ganado de cerda en la economía de la época, el mismo no modificó el paisaje natural ni promovió inmigración alguna y resultó muy en correspondencia con las bajas densidades del poblamiento en los tiempos del llamado desierto cubano, aproximadamente en 1600, cuando la densidad demográfica estaba en el orden de un habitante por cada 30 o 40 kilómetros cuadrados, caracterizado por la inestabilidad de su poblamiento (Ibídem).

El ciclo productivo del tabaco en La Habana

El tabaco es oriundo de las Américas y los indios lo fumaban, pero fueron los piratas ingleses y holandeses quienes introdujeron el hábito de aspirar y fumar tabaco en las Antillas españolas. En el año 1614 se autorizó el cultivo del tabaco por parte del Consejo de Indias, pues se consideró que era fuente de dinero, pero como ya no quedaban prácticamente indios que supieran cultivarlo, se promovió la inmigración de pequeños contingentes de isleños de las Canarias que se revelaron como buenos cultivadores (Ibídem, 94)

Los canarios cosechadores de tabaco se establecieron como aparceros en el interior de las mercedes, sin estatutos jurídicos que los amparasen, más no obstante la producción de tabaco devino en un producto complementario para la venta de cueros. El paisaje que poco a poco construyeron se extendió en el siglo XVII en un radio de 50 kilómetros alrededor de La Habana

Pero poco a poco se fueron generando conflictos entre los hacendados propietarios de las mercedes y los vegueros que alcanzaron más de un siglo. En 1717 la monarquía española impuso el estanco o monopolio del tabaco y los hacendados comenzaron a quejarse de esos huéspedes a quienes le habían dado entrada, que pagaban poca renta, extendían sus parcelas y se molestaban cuando las reses y el ganado menor afectaba sus cultivos.

En la región habanera los vegueros promovieron varias protestas para exigir la supresión del estanco, entre ellas en agosto de 1717, fecha en que organizaron una resistencia armada en Jesús del Monte, no lejos de la capital, que ya era un asentamiento con parroquia, en la que participaron cerca de 500 vegueros que procedían de ese lugar y de Santiago de las Vegas, Guanabacoa y San Miguel del Padrón. Los sublevados, incitados por los propietarios hacendados, llegaron hasta la capital sin que encontraran resistencia alguna, haciendo incluso que el Capitán General renunciase y marchara para España y los vegueros se tranquilizaron esperando que finalmente se aboliera el estanco.

Estas luchas para exigir el levantamiento del estanco duraron hasta el año 1723 en que en una de esas rebeliones entre vegueros y fuerzas de infantería y artillería cayó muerto un veguero y otros once fueron hechos prisioneros; más tarde serían fusilados y sus cuerpos colgados en los árboles del camino de Jesús del Monte para que sirvieran de escarmiento público (Historia de Diez de Octubre, 2004, 19).

Finalmente, el imperio español falló a favor de los hacendados propietarios de tierras mercedadas, quienes se convirtieron en propietarios plenos y los vegueros terminaron por ser desalojados, incorporándose a otras tierras al oeste de la región habanera, en Pinar del Río, y al este en Güines y más tarde en Sancti Spiritus.

La plantación esclavista de la caña de azúcar, la inmigración forzada de africanos y el cultivo del cafeto en La Habana

A diferencia del puerco, el tabaco, y en menor medida, el cafeto, la plantación cañera impuso la modificación drástica del paisaje anterior, fundamentalmente por el desmonte de los bosques, la mayor cantidad de instalaciones productivas y el mayor número de trabajadores que se requerían, además de los servicios públicos que poco a poco se iban generando en los pequeños bateyes. Pero los propietarios de los ingenios eran en su inmensa mayoría absentistas²⁵, a diferencia de los dueños de las vegas de tabaco y de los cafetales. Esto resume, de manera comparada la impronta de este ciclo económico con respecto a los anteriores y sus consecuencias en el paisaje.

La introducción de la producción de azúcar se introdujo en 1535 procedente de Islas Canarias, pero el inicio del ciclo productivo de la industria azucarera tardaría en llegar hasta finales de ese siglo porque el volumen de las producciones era aún muy pobre, con la salvedad de que ya desde la tercera década de ese mismo siglo se sembraba y se molía caña en región habanera, cerca de los ríos

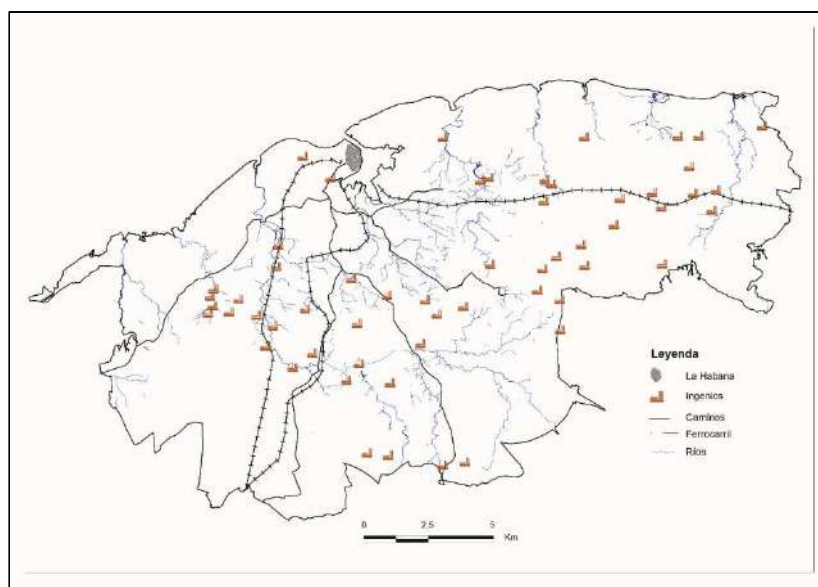
²⁵Se emplea para referirse a propietarios que residen fuera del lugar en que se encuentran sus bienes inmuebles.

mediante trapiches rudimentarios movidos por agua, que extraían sus jugos para elaborar algunas confituras y barras con el propósito de endulzar los alimentos y hasta dar comida a los animales.

En 1575 el Cabildo había concedido licencia para un ingenio junto al río de La Chorrera y la Ciénaga del Cerro y cinco años después ya había gran número de siembras de caña en las inmediaciones de la ciudad (Pezuela, Jacobo, op.cit). Sin embargo, los primeros ingenios se establecieron en 1595, frente al puente de Chávez²⁶ y también en los terrenos cercanos a Jesús del Monte, el Cerro, y del actual Cementerio de Colón cerca de las faldas meridionales del Castillo del Príncipe, donde se encontraba el ingenio San Antonio Chiquito.

Se inserta además el mapa 4 donde se localiza el sitio aproximado de más de 50 ingenios que fue posible localizar en los terrenos de la actual provincia de La Habana durante los siglos XVI al XIX, así como las tres vías férreas principales que se construyeron durante el siglo XIX a partir del ferrocarril de La Habana-Bejucal (1835), Ciénaga-Rincón (1845) y Habana-Matanzas (1857) (Ibídem, Tomo Segundo, 329 y ss.). La mayor parte de estos ingenios habaneros se localizaron casi todos en los valles de la intensa red fluvial del territorio citadino por aquella época, en los caminos radiales que ya existían y en los que la red de ingenios iba tejiendo.

Mapa 4. Algunos ingenios en los terrenos de la actual provincia de La Habana que existieron durante los siglos XVI al XIX



Nota: Se han localizados e identificados en las cartas topográficas los siguientes ingenios dispuestos por orden alfabético: Aguacate, Alberro, Almirante, Aranda, Barrera, Beatriz, Calvo, Carbonera, Carrillo, Castilla, Coca, La Chorrera, Doña. Felicia, Doña Juana de Zayas, Doña Luisa de Zárate, Doña Josefa Santa Cruz, Doña María Santa Cruz, Duarte, Guadalupe, Ingenio, Jesús María, Jesús, María y José, Jústiz, Las Vegas, Marrero, Nuestra Señora del Carmen, Ojo de agua, Pacheco, Paso Seco, Pedroso, Puente de Chávez, Quiebra Hacha, Ramírez, Ricobal, Risel, El Rosario, El Retiro, Salazar, San Antonio Chiquito, San Blas, San Francisco, San Hilario, San. Juan Nepomuceno de Veitia, San Nicolás, San Pedro, San Rafael, San Agustín, Santa Catalina, Santa Cruz, Santa Teresa, Santo Domingo, Viejo y Zayas, entre otros.

Fuente: Elaborado por los autores a partir de: Jacobo de la Pezuela, Letra I, 1853

²⁶ Se trata del puente sobre la entrada de una de las lenguas de agua de la bahía que años después fue rellenada con tierra. En la actualidad estaría aproximadamente cerca de las intersecciones de las calles Cristina y Manglar.

La demanda y el valor del azúcar comenzaron a crecer y a competir con la disponibilidad de tierras y de otras producciones. El ingenio como tal, dispuso siempre de menores extensiones de tierra, por lo que los primitivos trapiches del siglo XVI surgieron dentro de las estancias mercedadas por los cabildos para sitios de labranza que eran de menor dimensión que los corrales empleados en La Habana para la cría de ganado de cerda o porcino.

También por estos años se declaran vedados o prohibidos en La Habana los cortes de madera diez leguas al este y diez leguas al oeste del puerto con el propósito de proteger el desarrollo del astillero que requería madera y las labores agrícolas en los ejidos. Esta prohibición limitó en ese período la expansión cañera, pero algunos dueños de ingenios, animados por los precios del azúcar en el mercado mundial, violaron estas medidas (García, Rodríguez, Mercedes, 2006, 46).

Es por todo lo anterior, que la superficie disponible para la producción azucarera se fue desarrollando a partir de compras de las estancias colindantes. Sin embargo, esa decisión contó con fuerte oposición dentro del Cabildo, ya que la caña desplazaba a otros cultivos prioritarios para la alimentación, afectándose seriamente el abastecimiento de la ciudad y de las flotas.

Ya en 1750 en los alrededores de San Cristóbal de La Habana se localizaban 62 fábricas de azúcar y 21 estaban en construcción con una producción de 93 mil arrobas de azúcar de caña, pero cada ingenio requería 10 a 25 esclavos. Ello demostró la necesidad de un mayor número de esclavos y es debido a esto que se comienza a propiciar entonces la trata de esclavos (Torres Cuevas, Eduardo y Loyola Vega, Oscar, 2001). A finales de esa década, en 1759, La Habana contaba con 88 ingenios activos y unos diez en construcción, que producían el 75 por ciento del total de azúcares elaborados en toda la isla, pero el crecimiento continuó de forma súbita, pues ya entre 1770 y 1780 la cifra de ingenios de la región habanera, se había duplicado, reportándose 180 ingenios produciendo azúcares, y en 1792, la cifra se había elevado a 228, es decir, se habían fundado en sólo doce años 48 nuevos ingenios (Naranjo, C y González, M., s. f.).

La demanda de azúcar alcanzó niveles muy altos, tanto en Europa como en los Estados Unidos. Cuando después de 1776 las colonias inglesas de América del Norte se lanzaron a luchar por su independencia, se permitió la entrada en el puerto de La Habana de barcos procedentes de los Estados Unidos para que compraran productos cubanos a cambio de harina de trigo, de equipos y maquinarias, así como esclavos. Ya una vez independientes esas antiguas colonias inglesas, empezaron a desarrollar el comercio entre Cuba y ese país, constituyéndose poco a poco en el principal mercado de algunos productos cubanos, entre ellos el azúcar, hecho que duraría hasta los inicios del período revolucionario.

Como se hizo necesario emplear más brazos en los ingenios, los propietarios en el año 1789 pidieron autorización oficial al Gobierno colonial para traer todos los esclavos africanos que estimaran conveniente (Le Riverend Brussone, Julio, 1999, 36). Pero muchos de ellos ya habían estado entrando con dificultades desde mediados de la década de 1760.

Estudios de historiadores cubanos recogen estimaciones de la introducción de esclavos africanos, uno de ellos (Pérez de la Riva, Juan, 1970, 314), pone de manifiesto que desde 1521 hasta 1763 habían entrado a La Habana mil 700 esclavos africanos, con la salvedad de los 5 mil esclavos procedentes de Jamaica que los ingleses habían traído durante los 11 meses que duró la ocupación de la ciudad en agosto de 1762. Sin embargo, a raíz del desarrollo de la plantación esclavista, entraron, fundamentalmente por el puerto La Habana, 24 mil 875 negros procedentes de África desde 1764 a 1789.

Para el último tercio del siglo XVIII, cuando los habaneros adinerados se lanzan al apogeo de la plantación azucarera en toda la antigua provincia de La Habana, un primer grupo de estos centrales que alcanzaban la cifra de un centenar, se localizaban en las cercanías de la villa de Guanabacoa donde molían 11 ingenios. Luego aparece un grupo más de ingenios que se dirige al este siguiendo el curso del camino de Guanabo hasta Canasí, algunos de ellos fuera de los límites de la ciudad actual de La Habana, en donde se localiza el ingenio de Peñas Altas, cerca del propio Guanabo, donde tuvo lugar la más grande sublevación esclavista del siglo XVIII. La tercera línea de expansión también parte de Guanabacoa, pero sigue el camino de Santa María del Rosario y Managua. Partiendo de Managua hay un cerco de ingenios alrededor de la ciudad que recorre Santiago de las Vegas, Rincón, El Cano, Guatao y Cangrejeras (Moreno Fragnals, T. 1, 2014, 166).

Los nombres de estos ingenios repitieron los toponímicos de la zona, pero en otros casos dieron lugar a varios asentamientos con esos nombres, y en su mayor parte dejaron huellas en el paisaje.

La Habana ya no dependía tanto de los recursos que la flota dejaba, sobre todo para la clase adinerada. Se colocaría a finales del siglo XVIII en la avanzada del crecimiento azucarero de Cuba y el mundo, seguida a distancia por las regiones centro-orientales del país, dedicadas fundamentalmente a la rama pecuaria de ganado mayor. La Habana comienza a ser en lo fundamental puerto de embarque de una notable producción azucarera, y no ya exclusivamente puerto-escala. Pero la colonización azucarera exige el fomento de nuevos pueblos, la descentralización del potencial humano y todo esto va en detrimento del auge capitalino.

Sin embargo, la plantación azucarera esclavista se va expandiendo hacia el oeste, desde Guanajay hasta Bahía Honda, pero también al este, desde Jaruco hasta Matanzas. El antiguo cinturón azucarero que rodeaba La Habana diezmó los bosques que suministraban leña para los ingenios, y poco a poco, a través de las *quemadas* fue agotando también el suelo. Los ingenios se ven obligados a retirarse cada vez más lejos de la ciudad, cuyo desarrollo demográfico en constante ascenso, reclama áreas cada vez más extensas para el desarrollo urbanístico.

Los terrenos cercanos a la ciudad elevan mucho su valor y para no sucumbir los propietarios tienen que concentrar ingenios o trasladarse, y las decisiones dependerán de la cuantía de los capitales acumulados.

Pezuela en su *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, publicado en 1859 refería que ya en ninguno de los cuatro Partidos Pedáneos de la Jurisdicción de La Habana (Arroyo Naranjo, Calvario, Quemados y Puentes Grandes) existían ingenios, mientras que solo en las jurisdicciones colindantes de Guanabacoa, Santa María del Rosario y Santiago de las Vegas, se mantenían aún diez ingenios de vapor, y uno de ellos era un trapiche que trabajaba con leña. Este fue el escenario de la plantación azucarera habanera que quedaría 50 años después del apogeo.

Pero por suerte entran en escena nuevos actores, propietarios e inversionistas con algunos capitales, administradores y técnicos y agrónomos bien calificados de origen francés que emigran desde Haití, después de las guerras civiles que se suscitan en ese país entre 1782 a 1800 y también colonos franceses desplazados de La Luisiana cuando en 1804 Bonaparte vende este territorio a Estados Unidos (Pérez de la Riva, op.cit, 103).

Sobrevino entonces el ciclo económico del cultivo del cafeto en Cuba con la llegada de más de cerca de la mitad de los 30 mil refugiados que huyeron de las tierras de Haití y la oligarquía habanera se aprovechó de ello, primero para tratar de modernizar la industria azucarera, para desarrollar el cultivo

del cafeto en el Wajay y en mayor medida en la región suroeste de la antigua provincia de La Habana, es decir en el triángulo formado por Guanajay, Artemisa y Soroa. Cuba se convirtió por aquel entonces en el primer tercio del siglo XIX en el primer país productor del grano a nivel mundial (Ibídem, 105).

El cultivo del cafeto llegó tardíamente a Cuba, pero la región oriental sacó gran provecho del concurso de los colonos franceses que allí se asentaron. Llegó cuando el tabaco y el azúcar ya se conocían desde tiempos atrás *“Si el tabaco fue nativo tesoro de América y el azúcar fue riqueza originaria del continente euroasiático, el café ha sido un don del África negra”* (Ortiz, Fernando, 1944).